

---

## *Memorias de un pasillo sin ventanas*

---

Abro los ojos, siento una paz extraña, murmullos, sonidos a mí alrededor, agudizo mi oído, pero no consigo entender, sin ventanas, veo luz al fondo, un resquicio de vida al final del pasillo, reacciono entendiendo donde estoy, murmullos nerviosos, personas corriendo, pendientes de una parte del servicio frágil, entonces me fijo en ella: una enfermera llorando por la ansiedad de perder a un paciente, compartiendo esa fragilidad con su compañera, angustiada pero fuerte; sabe que forma parte del camino.

Un escalofrío me recorre, es la primera vez que observo la unidad de UCI del **Hospital Universitario de Fuenlabrada** como paciente. Allí la vida sigue, nunca descansa, me quiero mover, me siento encerrada. Lo intento, rompo las reglas y eso me delata: monitores sonando, cables conectados, en seguida aparece ella, esa enfermera que enfrenta la pérdida pero sigue salvando vidas, luchando por los demás, me dio calma, mucha calma.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —me dice—. Si necesitas moverte, pide ayuda; estamos aquí para ti.

—Me encuentro bien, gracias —le respondo algo tímida.

Me quedo mirándola muy fijamente. De pronto, se cruzan nuestras miradas y pregunto:

—¿Por qué? - Para mí tenía sentido, pero no me entendió. Sin poder evitarlo, seguí hablando; tenía que entender.

—¿Por qué amas la vida conviviendo con la muerte? ¿Por qué dedicas la tuya a ayudar a otro a no perderla? ¿Cómo consigues seguir?.

Solo una mirada, me hizo falta para entenderlo, madre, mujer, sanitaria, persona, su mirada reflejaba dolor, resiliencia y gran fortaleza. Conseguí oír su respuesta amable y segura, mientras me cogía la mano:

—“*Amo la vida*”, tuve la suerte de crecer —siguió relatando— con mujeres fuertes que me enseñaron que la salud no es solo ausencia de enfermedad, sino que es un equilibrio con el alma. Un día, cuando era una niña, una mujer valiente y sabia, mi madre, me leyó una frase de un **libro** antiguo que guardaba

con cariño, en el que me decía: *“Vivir es el arte de aprender a bordar con esos hilos. A veces el hilo se enreda y nuestra tarea es desenredarlo con amor”*. En ese instante entendí que yo necesitaba sanar el mundo ayudando a otros, no solo con ciencia, sino entregando herramientas para que se supere la pérdida. Mi energía se recarga con cada persona que acompaño; da igual el resultado, al final todos somos parte de la misma historia.